

rioridad de su hijo, que instintivamente evitaba el roce de las malas compañías. Ignoraba aquel hombre sencillo que, en lo más íntimo y recóndito del alma de Paquito, se abrigaba la pésima compañía que llamamos imaginación, y que filósofos sesudos han apellidado la loca de la casa.

La manía soñadora de aquel niño inclinábale á la lectura de novelas románticas y sentimentales, con una afición que rayaba en delirio. Dicho se está que su padre se encantaba con esto, como con todo lo que veía en su hijo, y que le compraba cuantas novelas quería leer el muchacho.

Puede suponerse el efecto que en lector tal producirían las imágenes de la novela, asociándose á las que en abundancia procreaba su rica imaginación, y el impulso que darían á su manía de fantasear. Al vagar, solo y soñador, por los sitios amenos que rodean su ciudad natal, forjaba más de una novela en que él mismo era el héroe; fingía castillos feudales, vistosos torneos, combates singulares y solemnes juicios de Dios; fingía doncellas secuestradas por barones feroces y sin entrañas, y creía aparecer él como el paladín invencible que, desenvainando el acero en pro de la inocencia, la sacase inmaculada del antro en que gimiera. En su rara manía de tomar lo soñado por lo real, sucedíale á veces convertir la choza del labrador en la prisión de alguna infeliz cautiva.

Estaba convencido de que en alguna parte del mundo habían de suceder cosas, como las que con tanto deleite leía, y ansiaba tener más años para enamorarse, para

sacar la espada en defensa de la señora de sus pensamientos, ó para robarla en tenebrosa noche y, cabalgando en negro y rápido corcel, trasladarla á venturosas regiones.

Sus ensueños se acompañaban de efusiones tiernas y adquirían tintes melancólicos; gustábale en noches de luna retirarse á sitio apartado de la casa, y entregarse, con la vista fija en el astro, á las reflexiones más inmotivadamente tristes; pensaba, por ejemplo, en huérfanos hambrientos y sin abrigo; luego se le antojaba que él era uno de esos infelices, y la ficción, imponiéndose como si fuera realidad, le causaba una pena inmensa é inundaba sus ojos de lágrimas.

¡Pobre muchacho! Con aquel exagerado sentimentalismo, con aquella manía de fantasear, con aquellas frecuentes melancolías, que parecían presentimientos de futuras desgracias, con aquel desconocimiento de la realidad, iba á partir á una gran ciudad, en la que era muy probable que se derrumbara y cayese sobre él la quimérica fábrica de fantaseos, fruto de una niñez solitaria y mimada.

CAPÍTULO V

Más antecedentes

En la época en que Paquito dejó por vez primera su ciudad natal y su hogar tranquilo para venir á México, la locomotora no cruzaba todavía las feraces llanuras del Bajío, y el más rápido medio de transporte era la pesada

é incómoda diligencia. En ella tomó asiento nuestro adolescente, confiado á la custodia de un amigo de don Pancho que venía á la capital.

Maltratado el cuerpo y llena el alma de emociones y raras inquietudes, llegó á esta capital nuestro joven amigo, y se presentó al Licenciado Rodríguez, quien aceptó gustoso el cargo de tutor del niño y dió los pasos necesarios para que ingresara en la Escuela Normal Preparatoria en calidad de interno.

Con mucho aprovechamiento hizo el muchacho sus cursos preparatorios. Año por año obtenía en sus exámenes calificaciones altas y se iba á pasar las vacaciones al lado de su padre, que gozaba lo que no es decible con los continuos adelantos de su hijo.

Llegó el día en que, habiendo concluido los preparatorios, pudo comenzar ya los cursos profesionales; y teniendo, ó creyendo tener, vocación para la medicina, se inscribió en el correspondiente plantel como alumno de primer año.

Grandes cambios se habían verificado en la persona de nuestro héroe. Al entrar á la Preparatoria era un niño de doce años y al salir era un joven de diez y siete. Había crecido mucho, apuntábale el bozo y había adquirido salud y vigor.

Más considerables eran los cambios de su ser moral. Fortalecido su espíritu con el sano pasto de las doctrinas científicas, habíase curado de la manía de fantasear; su carácter, de huraño que era, se había vuelto festivo y amable, su imaginación no le suscitaba ya importunos fantasmas ni creaciones extravagantes; no quiso dedi-

carse á la poesía, pareciéndole ejercicio frívolo, prefirió consagrar sus facultades á las grandes verdades de la ciencia.

Aquella fantasía desarreglada y loca que turbó la serenidad de sus años infantiles, habíase trocado como por encanto en severo numen. No forjaba ya situaciones novelescas, complaciase ahora en contemplar el imponente conjunto de las doctrinas científicas. Sumergíanle en profundas meditaciones la multiplicidad y variedad infinita de los fenómenos naturales, enlazados, sin embargo, por invariables leyes, y llevando siempre el sello de pasmosa unidad. Los agentes físicos que á través del espacio impulsan y conmueven las colosales masas de los astros, la afinidad química que une y desune los cuerpos, la maravillosa escala de los seres vivos, que, comenzando por el microbio, tiene al hombre por remate: he aquí los únicos asuntos que juzgaba dignos de las inteligencias serias; observar, estudiar, escudriñar constantemente esa naturaleza de que procedemos, y con la que nos ligan miríadas de invisibles hilos, le parecía el objeto más noble y levantado á que las facultades pueden consagrarse.

Su corazón dormía aún, ninguna impresión viva, ninguna emoción, pasión ninguna, habían turbado la quietud de su adolescencia; sus costumbres austeras, su vida retirada, su aplicación fenomenal, su afán de saber y de meditar en lo que ya sabía, rodeaban su ser moral de una especie de muralla que le defendía de los asaltos insidiosos de las pasiones.

Las mujeres le parecían simplemente objetos hermosos

ó vistosas figuras, que solían recrear su vista, sin conmover su corazón ni dejar huella en su memoria; su carácter grave y serio le apartaba de las conversaciones frívolas y malsanas que suelen corromper el alma de los jóvenes.

A los dos años de estar en la Preparatoria fué abolido el internado, pero esto no influyó en sus costumbres ni en su género de vida; se hospedó en la casa de su tutor, y en ella, como en el colegio, siguió engolfado en sus libros y en sus serias y hondas meditaciones.

¿Quién creyera que un edificio, al parecer tan sólido, iba á desmoronarse del modo más inesperado, que tanta dicha iba á disiparse, y á turbarse, y convertirse en eruda guerrá, y en profundo duelo, tanta paz y tanta ventura?

Y así sucedió. Como á mediados del año en que seguía Paquito su curso de Anatomía, hirióle como un rayo la inesperada noticia de la muerte de su padre.

El buen don Francisco Téllez había sucumbido en pocas horas á un ataque de apoplejía. Murió sin poner en orden sus negocios, y sin enviar al joven su último adiós.

Para colmo de desgracia, los negocios del honrado comerciante estaban, ó se hizo creer que estaban bastante embrollados; el pasivo igualaba, cuando no superaba, al activo; despiadados acreedores concursaron la sucesión, y el infeliz estudiante, que poco antes se creía rico y feliz, se encontró con que nada poseía.

La situación se agravó con otro suceso, que, aunque de menos importancia, la tuvo para Pacotillas muy grande en esa vez. Su tutor, dejando de ser diputado,

iba á regresar á León, é invitó á Francisco que le siguiese; mas éste no lo consintió de ningún modo, y he aquí á nuestro héroe colocado de repente en el torbellino del mundo, sin hogar, sin afectos y sin recursos.

La amistad proveyó por lo pronto á su desamparo. En las aulas había conocido á Patillitas, se habían ligado con una de esas amistades espontáneas y cordiales que nacen entre condiscípulos, y que suelen resistir á los crueles embates de las tempestades de la vida. Patillitas era del Saltillo y disfrutaba de una beca que, al abolirse el internado, se convirtió en pensión mensual de treinta duros. Este muchacho, aunque vano y presumido, era de un corazón excelente, quería á Francisco como á un hermano, también había perdido á sus padres y no tenía pariente alguno.

Cuando Francisco se arrojó en sus brazos con el alma destrozada y la faz bañada en llanto, cuando le hubo referido sus repentinas desgracias, tanto más dolorosas cuanto menos esperadas habían sido, cuando le dijo que su horizonte se había estrechado hasta encerrarle, comprimírle y ahogarle, cuando terminó diciendo que no sabía qué hacer ni qué partido tomar, aquel su buen amigo le contestó:

—No te apures, Pancho, los dos somos huérfanos, los dos estamos desamparados; somos hermanos en la desgracia, uniéndonos tendremos fuerzas para conjurar nuestras desventuras. Vente á vivir conmigo; en mi casa, ó, mejor dicho, en mi cuarto, habrá un rincón para tí; ¡eh! no te apures, comeremos lo que podamos y pondremos buena cara á la mala suerte.

Francisco aceptó la generosa oferta de su compañero y se fué á vivir con él, á un cuarto de una viejísima casa de vecindad, ubicada en la calle de Zapateros. Pasado algún tiempo, pudo Pacotillas proporcionarse algunos recursos, dando lecciones particulares de matemáticas á varios jóvenes que querían preparar su examen, y de diversos, ramos de enseñanza primaria á señoritas que querían recibirse de profesoras.

Así quedaron conjurados la miseria y el abandono, torvas figuras del séquito de la desgracia. Mas no era posible que contratiempos tan grandes no influyesen en la regularidad con que el pobre chico se dedicaba á sus estudios; ese año no pudo presentar examen, lo cual le llenó de profundo desaliento. Por primera vez sintió que en su alma, nido antes de las frescas, las suaves, las sonrosadas ilusiones, penetraban, poco á poco, las frías, las ásperas, las cenicientas serpientes de los desengaños.

Fué preciso que sus amigos desplegasen todo empeño y ejerciesen toda su persuasión é hiciesen alarde de toda su elocuencia para decidirle á que el año siguiente renovase su inscripción. Hízolo, mas sin fe, sin ardor, sin entusiasmo; hizolo por mera condescendencia. El estudio no tenía ya encantos para él, había perdido el único afecto de su vida, el mundo parecíale desierto, vana y sin objeto la existencia; siguió de mala gana el renovado curso, llegó la época de los exámenes y tampoco se halló en estado de presentarse.

Tan repetidos fracasos hirieron profundamente la delicadeza del, hasta allí, afortunado estudiante. La muerte de su padre había atravesado su corazón con la crueldad

de la puñalada insidiosa, su repetida incapacidad para presentarse á examen ajó con brutales estrujones las delicadas flores de su vanidad.

¡Pobre muchacho! Al morir su padre sintió helársele el alma, languidecer su inteligencia, y que un desaliento enervante se apoderaba de sus potencias todas. Ya no le parecía la ciencia un organismo maravilloso y palpitante, animado por la verdad, vigorizado por la lucha victoriosa y hermoseedo por pasmosos descubrimientos, sino un cadáver frígido é inerte, en cuya descompuesta sustancia pululaban frases áridas, conceptos ampulosos y pedantescas voces.

¡Pobre muchacho! Lo peor fué que su mente, habituada al vibrante aleteo de la idea, no se conformaba con la especie de silencio sepulcral que en ella reinaba desde que fué herido en sus grandes afectos y en sus nobles aspiraciones; y no sintiendo ya la excitación sana, la espontánea, la vigorosa, propia de las almas venturosas, recurrió á la excitación artificial, caduca, efímera y falsa, á que suelen aficionarse aquellos cuyo espíritu ha sido doblegado por el infortunio y marchitado por el dolor.

En mala hora los frescos labios de nuestro joven sintieron el acre contacto de la primera bebida alcohólica; en mala hora sintió circular su sangre, pulsar sus sienes y palpar su corazón á influjo del terrible estimulante; en mala hora sintió su alma agitada, sacudida, fustigada, caldeada por la ola ruda y por la llama de la primera embriaguez. Gustóle aquel existir fantástico, aquel repentino despertar de adormecidas potencias, aquel hervidero confuso, aquella efervescencia ruidosa de ideas, de

aspiraciones y deseos, seguidos de raro vértigo, de embotamiento peregrino, de profundo estupor.

Se ha dicho, no sin razón, que en lo más fuerte del mal suele presentarse la crisis salvadora. Pacotillas, cuya alma descendía con rapidez, se detuvo en la vergonzosa caída por obra del primer amor. He aquí cómo sucedió: placía á la soñadora naturaleza del joven vagar, al caer la tarde, por sitios hermosos y concurridos; vagar es la palabra, pues iba siempre solo, sin fijarse en las gentes, aunque le distraían el cruzar de los bultos y el rumor de las conversaciones. Una de tantas tardes discurría por los jardines del Zócalo, cuando de repente su distraída mirada se fijó en un grupo que le pareció sobrehumano, celestial, divino.

Sentadas en una de las banquetas que circundan los jardines, de espaldas al gran cuadro exterior, vió dos damas y una niña, que le parecieron formar el cuadro más hermoso que hubiera visto como hombre ó soñado como poeta. Una señora, como de cuarenta años, una señorita de apenas quince y una niña de tres á cuatro, componían el poético grupo. La señora, aunque pálida y mostrando en su rostro la huella de un dolor profundo, era muy bella, de ojos hermosísimos y graves, de tez blanca, de alta estatura, de actitud noble y distinguida; vestía de luto, y su traje, aunque sencillo, era de tan buen gusto y tan bien llevado, que hacía resaltar la majestad del torso y la blancura de la tez. Causóle á Pacotillas notable impresión, y antojósele nada menos que tenía delante la imagen de la noche, ó el emblema del dolor grave y resignado.

La señora ocupaba el extremo del asiento, su codo izquierdo se apoyaba con languidez y descuido en el brazo de la banca, y con la mano correspondiente asía la diminuta de la chiquitina, juguetona y radiante, que Pacotillas comparaba á la pintada mariposa que aletea entre los negros adornos de un sepulcro. A la derecha de la señora estaba sentada la hermosa niña de los quince años.

Si al ver á la señora y á la niña se sintió conmovido el estudiante, extasióse al ver á la joven, y, siguiendo el hilo de sus símiles poéticos, la tomó por emblema de la esperanza, que nos promete consuelo después de los dolores. La señora fijaba la vista en la tierra, como si á través del suelo, quisiera vislumbrar la forma de un ser querido y ya sepultado; la joven veía al cielo, como si en las altas copas de los eucaliptus, ó en las nubes flotantes, ó en el espacio azul, persiguiese etéreos seres; la niña veía á todas partes, pues no buscaba más que impresiones para su vista, y su alma no conocía aún ni la caricia de las ilusiones ni el choque de los dolores.

Pacotillas, saliendo bruscamente de su distracción, estuvo á punto de cometer una impertinencia: sintió ímpetu de arrojarle á los pies de la señora y besar la falda de su vestido, de coger á la niña entre sus brazos y comérsela á caricias, de arrodillarse ante la señorita y fijar en su faz angelical las miradas estáticas, permaneciendo horas enteras en contemplación muda. Mas el sentimiento de la realidad contuvo tan lírico arranque; detúvose un segundo, pareció indeciso, y luego siguió

dando su vuelta sin volver siquiera la cabeza; al pasar otra vez por el sitio en que estaban, contempló desde lejos, y por entre las ramas, el hermoso grupo; al cruzar por delante de ellas les dirigió de soslayo una mirada de artista; al volver por tercera vez, ¡oh desencanto! ¡oh vacío! ¡oh vanidad de las cosas humanas! el hermoso grupo se había desvanecido.

Francisco sintió un verdadero dolor, se quedó lelo y embobado como quien ve visiones, volvió la vista á todos lados, y por ninguno descubrió más que personas vulgares, toscas, feas, pero ni la sombra siquiera de las poéticas y hermosas criaturas; en su aturdimiento llegó hasta levantar la vista, imaginándose que aquellos seres alados hubiesen alzado el vuelo; nada, el espacio vacío, en el cual ni un mal pájaro volaba en aquel momento.

Sólo quedaba allí el asiento frío, rígido, desocupado, que parecía burlarse del anhelo de aquel joven corazón. Pacotillas no tuvo más consuelo que el muy estéril de sentarse en aquel mismo asiento; allí permaneció más de dos horas entregado á poéticas cavilaciones, procurando reproducir con la imaginación los más leves detalles del cuadro que tanto le encantó. Se puso el sol, oscureció, el alumbrado público fué encendido, y Paco clavado en aquel asiento; no podía dejarle, le parecía que iba á ser profanado por algún transeunte un sitio que, en su locura, tenía por más augusto que el solio de los Césares.

Por la noche, el insomnio de Pacotillas no estuvo poblado por imágenes grises y opacas, sino por halagüeñas y radiantes visiones. La respetable dama, la

encantadora señorita y la monísima niña revolaban en su imaginación, sugiriéndole muchísimas conjeturas. ¿Quiénes eran? ¿Cómo se llamarían? Púsose entonces á acomodar diversos nombres á aquellas desconocidas y ya, para él, queridas personas. ¿Cómo se llamaría ella? ella era la señorita. ¿Estrella? nombre bonito, pero vacío y poco significativo para tan hermosa criatura; ¿acaso Rosa? ¡Hermosísimo nombre, pero muy profanado por desgracia! hasta las cocineras suelen llamarse así, y al pensar esto, recordaba con mucha claridad la grotesca figura de una maritornes que habían tenido él y Patillitas: era vieja, gordiflona, cacariza, impregnada de feos olores, y tenía el descaro de llamarse Rosa. No, no puede ser Rosa. ¿Se llamará Luz? Así la llamaría él, pero también es un nombre que se ha generalizado mucho. No, nada de nombres conocidos; esa niña se ha de llamar como alguna de las grandes heroínas del sentimiento, del amor, de la poesía. Tal vez se llame Haydee, como la hermosa virgen griega creada por la ardiente imaginación de Byron. Pero no, ¡qué disparate! la belleza de Haydee era deslumbradora y plástica, y la de mi hermosa desconocida es apacible y celeste. Haydee era tentadora como el deseo, y mi niña es casta como el ensueño; Haydee embriagaba los sentidos, como la rosa de Jericó, y mi niña es impalpable y delicada como el perfume de la violeta. Ya caigo en ello, debe llamarse Ofelia, porque es sensible, vaporosa, ideal, pura, como esa delicada creación del inmortal Shakespeare...

Largo fuera transcribir las muchas cavilaciones á que se entregó el desvelado joven con motivo de aquellas

desconocidas. Es digno de notarse que por la tarde la señora le pareció la figura principal del cuadro, mientras que por la noche la imagen de la señorita se destacaba más en sus recuerdos, y la dama y la niña no servían más que para realzarla. No le parecía difícil definir las relaciones de parentesco que las unían: la señora era sin duda la madre de la joven y la niña.

Al día siguiente se levantó muy tarde, y lleno de contrariedad y despecho. ¿Cómo encontrarlas? ¿Cómo dar con su perdida huella? ¿Cómo averiguar su paradero en una ciudad tan populosa? Esperaba con ansia que dieran las cinco de la tarde para dirigirse al Zócalo, á ver si acaso las volvía á encontrar; mas aun esta esperanza le salió fallida, pues por más que buscó por todos los sitios de la gran plaza, no pudo dar con las incógnitas.

Pasaron varios días de la mayor incertidumbre. Pacotillas iba al Zócalo, pero en vano. Por fin á los ocho días, cuando ya desesperaba de volver á encontrarlas, llegando hasta á dudar de sí mismo y á creer que las personas que con tanto ahinco buscaba, no habían sido más que visiones de su fantasía, tuvo la inesperada satisfacción de volver á hallarlas. Como la primera vez vestían de negro, pero en ésta paseaban, y la pequeñita jugueteaba y corría, apartándose bastante á veces de su hermana y mamá. En uno de los encuentros sucedió que, habiéndose quedado la chiquilla muy atrás, Pacotillas no pudo contenerse, y cogiéndola en brazos y haciéndole mil caricias, le dijo:

— Dime, *chulita*, ¿cómo se llama tu hermanita?

— *Amala*, — contestó la niña con su encantadora media lengua, y escapándose de Paco, echó á correr.

Aquellas tres sílabas encantaron al joven; le pareció que la niña, con su vocecita de ángel, le había dicho *ámala*, mandándole así amar á aquella Amalia bella, orden que él por su parte cumpliría con gusto. Nuestro héroe, tan desgraciado como la vez primera, volvió á perderlas de vista; pero le quedaba un consuelo: ya sabía el nombre de la joven, ya no era una desconocida.

Su ansiedad duró esta ocasión cerca de un mes, que á él le pareció un siglo; por todas partes las buscaba, sin encontrarlas en ninguna. Maldecía su torpeza y cortedad de genio, que no le permitieron seguirlas la última vez que las vió; aquel muchacho no era fuerte, ni mucho menos, en esto de hacer el oso; nunca había tenido novia, nunca se le había ocurrido seguir á una mujer.

Por último, la casualidad hizo por él lo que jamás hubiera hecho él mismo. Pacotillas seguía viviendo con Patillitas, y habiéndoles disgustado el cuarto que ocupaban, hallaron uno que les convino en la calle de Celaya. ¡Oh destino feliz! justamente en la misma casa ocupaba una vivienda la familia que hacía ya tiempo era el tema de los devaneos del joven.

CAPÍTULO VI

Todavía más antecedentes

La familia Gómez estaba dotada de las más raras virtudes, y era merecedora del más acendrado afecto.